

MENCIÓN DE HONOR

## *En un cuarto ajeno*

Amarilis Cueto Cabrera

**E**l día más largo de tu vida lo pasaste recogiendo piedras en el bosque. « ¿Para qué tantas piedras?» te preguntaste, y tú misma te contestaste en el acto: «para nada». Simplemente te entraron deseos de buscar más y más, redondas, pulidas, hermosas.

Las piedras son producto de la vida. Con ellas, tropezamos y caemos. Si son preciosas, nos dan alegría y sellan compromisos. Sirven para golpear, también, como a la mujer adúltera hace tantos siglos. Si son toscas, las rechazamos, al igual que a las personas que nos provocan repulsión.

La mañana de ese veintiocho de marzo, te levantaste más temprano que de costumbre. Al poner los pies en la alfombra, los notaste más largos. Tocaste tus dedos y tus uñas y eran enormes con relación al día anterior. Miraste tus manos y los dedos estaban estirados, al igual que los brazos. Luego, viste tu cuerpo y te pareció sentirlo más delgado y frágil que de costumbre. Tu pelo era lacio, castaño, entrado en canas y dócil, en comparación con tus rebeldes rizos. Sin creer lo que estabas sintiendo, te paraste, asustada, de un lecho cubierto

por sábanas blancas de encaje que acariciaban tu piel, otrora morena y ahora, tan blanca, que casi se confundía con las sábanas.

Fuiste directo al baño y, al mirarte en el espejo, al principio no reconociste ese rostro alargado de facciones sajonas. Te dieron miedo esos ojos agobiados por la pena y el desaliento, que ahora estaban en tus cuencas. Ojos claros, nariz aguileña, boca pequeña en la comisura de tus labios gruesos y esa frente fruncida de arrugas que no te pertenecían, pues aún eras joven.

Recordaste entonces que mientras leías *Una habitación propia* una noche, te imaginabas en los salones de una casa de principios del siglo XX, escribiendo *Entre actos*, la última novela de tu escritora favorita: La Woolf. Era una visión tan vívida, que te sentiste en su cuerpo y te dormiste abrazando el famoso ensayo.

Te despertaste en el cuerpo de la escritora y no supiste qué hacer, más que juntar piedras.

Te bañaste de prisa y escogiste, para ese día, una falda negra hasta debajo de las rodillas, una blusa de encajes y un abrigo largo con bolsillos, muchos bolsillos. Te peinaste el pelo a usanza de otros tiempos, recogido en un pulcro moño en la nuca, y saliste al jardín.

Esa tarde desfiló, por tu mente perdida, tu vida como una película: tus padres, tu hermana, tu madre y también tus abusadores hermanastros, cuyos abominables actos te

## En un cuarto ajeno

hicieron débil de mente y corazón. ¡Cuánto habrías dado por volver el tiempo atrás y haber sido más fuerte para negarte y golpearlos donde más les doliera a esos canallas!

Pero no. El tiempo pasó y no hubo vuelta atrás. Lo único que llenó tu alma fue la escritura, poseer tu cuarto propio y tener criterio para criticar, validar y devolver a la mujer su dignidad tan vejada y vilipendiada.

Esa noche estabas sola. Te sentaste y escribiste una nota a Leonard: «Siento que voy a enloquecer de nuevo...» y volviste a la oscuridad, a ver el agua del río que te llamaba. Y volviste a buscar más piedras y a llenar con ellas tus bolsillos...

## Amarilis Cueto Cabrera



Nació en San Pedro de Macorís, en octubre de 1963. Licenciada en Economía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Realizó una maestría en Alta Gerencia en Intec. Ingresó al Banco Central de la República Dominicana, el 10 de julio de 1989, ocupando varias posiciones hasta enero de 2012, cuando es pensionada. Se desempeñó como técnico en la Dirección General de Cooperación Multilateral (Digecoom). Amante de las artes, la buena música, los viajes, la fotografía como entretenimiento y la literatura. Es seguidora de las actividades y eventos culturales del país, dedicando parte de su tiempo a compartir con su hijo Oscar Gerónimo, viajar, conocer y fotografiar culturas foráneas.